

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

ANÉCDOTAS DE UN CORTO VIAJE

El carro de línea que hacía el expreso Zaragota, una carcacha destartalada, de modelo anticuado, llantas desgastadas que dejaban a la vista el negruzco neumático, carrocería inservible con el techo agujerado, taponados con saco de fique y trozos de trapos viejos; y para colmo de males pintada ordinariamente con brea. Se fue llenando lentamente de personas y corotos.

A lo lejos avistaba claramente las cadenas de montañas vírgenes y pastorales, de difícil escalar e inhóspitas, cubiertas por vastas extensiones de tierra, de una humedad infernal, semejantes a un caldero hirviente, desde la deteriorada ventanilla del vehículo pude observar plácidamente a un grupo de ancianos charlatanes y mosquiteros reunidos en una esquina bajo los débiles destellos que reflejaba una vieja lámpara de petróleo muy rudimentaria, alrededor del cobertizo mas miserable, haciendo un sancocho en una olla impregnada de una paca de tizne, colocada vulgarmente sobre varias piedras apilonadas sobre el suelo áspero y polvoriento.

Escudriñando los alrededores, veía llegar a las alegres caravanas de hombres montados sobres las grupas de sus burros jarochos, y que confluían a un solo

lugar del viejo mercado donde se abastecen de las cosas necesarias, mientras observaba todo aquello con atenta curiosidad escuchaba desde los mangos floridos el melodioso y armónico canto de las aves de paso. Otras más atrevidas de vuelos alegres y pintorescos, surcaban tranquilamente el inmenso firmamento confundiendo con sus particulares trinos con el chirriar fastidioso de los grillos acantonados en las ramas de los arbustos plantados alrededor de la descuidada estación.

Realmente aquello era algo único de observar. Era la misma impresión insólita que la madre naturaleza le ofrece a quien, con visión realista se percata de aquel maravilloso paisaje; último reducto donde la naturaleza se prodiga, y bajo los abigarrados y pintoresco conjunto de seres y cosas, se sumergía con todo su esplendor un maravilloso amanecer.

Mientras lidiaba con los aparatosos sacos y mochila terciada al hombre, repleta de chécheres; se montaba un anciano esquelético de cara amigable y dulce, de pelo blanco como de copo de nieve. Quien luego de pelearse con su propia sombra, sentado sobre una banca, permaneció indiferente a la elevada temperatura.

El conductor, un hombre de edad avanzada, pícaro con cara de bonachón, de hablar lento y pausado, demorado para entrar en confianza no tuvo inconvenientes en salir al poco tiempo con sobrecupo. Algunos viajeros, en su

gran mayoría colonos indómitos desplazados por la violencia que reina en sus lugares de origen, donde la tumba indiscriminante de árboles, acabó sin remilgo con los inmensos bosques tropicales; bebiendo desenfrenadamente mientras gruesas gotas de sudor rodaban copiosamente sobre sus curtidos y demacrados rostros. Iban de pies, encorvados, porque el techo de la CHIVA era muy bajo y resultaba extrañamente divertido observarlos a todos apretujados bajo los inclementes e insoportables latigazos de una brisa de una brisa fuerte y cálida que azotaba a esas horas de la mañana, mirándose las caras cuando el imperturbable e implacable conductor desprevenidamente hunde el pedal del embrague, el ruido exterior del motor en marcha se hace insoportable, una bocanada de humo tóxico salido del destruido mofle interrumpe el ambiente a través de la ventanilla envolviéndose por completo en un olor desagradable, haciendo toser y vomitar a un andrajoso anciano que luego que la cortina de humo se hubo dispersado, evaporándose sobre la atmósfera en busca de una mejor fisura donde entonar su propia melodía, fui acomodando los cachivaches a un lado del imprudente conductor.

A poco una repentina brisa fresca ha calmado los ánimos de los colonos, exaltados por la demora del automotor en salir. El hilo se rompe y la gente comienza a conversar sobre los diferentes temas. Un individuo moreno, holgazán y hablador, el de cuerpo esquelético, inicia unas narraciones fabulosas en voz alta y sonora sobre anécdotas ocurridas en antaño.

- Vean provincianos incrédulos! Este huérfano imaginativo viene de la gran urbe, donde la contaminación, el ruido infernal y las fábricas, el estruendo ensordecedor de los motores en marcha, que ruedan endiabladamente como hormigas por una selva de concreto, a veces con cráteres extravagantes, es una cosa cotidiana.

Yo quisiera vivir como ustedes, en un pueblo alejado del bullicio trasnochador, de las pintas chéveres, individuos depravados que ambulan por las calles de la ciudad, ofreciendo al cliente como menú toda clase de drogas en un arrebatado por explotarlos económicamente sin impórtale que sus enfermos víctimas, se conviertan en seres sin deseos de vivir, y de todas esas vainas raras que predominan en una ciudad progresista. Recuerdo esa noche tigrera e imaginativa. Anacamilia la pasó en vigilia pensando con preocupación los sucesos ocurridos y en las palabras comprometedoras que le formulara aquel extraño personaje que tenía a regañadientes de huésped en su humilde vivienda.

La tarde anterior cuando caía sobre los mugrientos techos de zinc y paredes de frailejón de las rústicas pero típicas viviendas unidas por caminitos de cedro torcidos y rodeados por escobillares que conforman mi pueblo natal, un fuerte aguacero acompañado de una descomunal brisa huracanada y de fugaces relámpagos ensordecedores, llegaba a su casa un individuo desconocido. Un joven agraciado con sus ropas destrozadas e impregnadas por completo de un

barro amarillento, cargando sobre su cabeza una descomunal caja de cartón, fuertemente asegurada por gruesas cuerdas de nylon , al que, minutos antes le habían observado a través de la hendidura de la puerta principal, ambular por las calles enlodadas como fantasma mellado bajo la devastadora lluvia torrencial y desde ese instante presumió que algo horrible iba a ocurrir, cambiando la tranquilidad y sanas costumbres de aquel territorio olvidado.

El apuesto forastero que dormía profundamente a pocos pasos de su lecho, completamente desnudo, sobre varias colchas de lana de paño curtido por el uso continuado que ella misma había ofrecido, mas por temor que por amabilidad, y en donde obligada hizo el amor; había llegado a su hogar con un documento borroso cuidadosamente guardado en una bolsa de cuero que cargaba recelosamente en el bolsillo de su pantalón, donde constataba que su marido, un hombre melindroso, irresponsable y concienzudo, luego de marchar a la ciudad en busca de un mejor porvenir, le cedía todos sus bienes y patrimonios, incluyéndola a ella y hasta el pulgiento y sarnoso perro que le obsequiara su madre adoptiva el día de su matrimonio, al vividor y corrupto forastero.

Hostigada por el insólito suceso, se levantó muy temprano, en la mañana, del lecho, y silenciosamente salió caminando lentamente hacia la cocina donde atizó sosegadamente el fuego, luego de desmontar su ruana de lana de ovejas

paramuna, se dispuso a preparar un delicioso café, pero prefirió ir a pasear por los alrededores del patio contiguo con el ánimo de respirar un poco de aire puro.

Después de descorrer la cerradura, tirando de ella con una violencia poco usual en su personalidad, y luego que la desprendida puerta fuera a caer de lleno sobre un arrume de hierro retorcido, haciendo un descomunal estruendo que hizo temblar de pánico a medio pueblo, se percató que algo andaba mal.

Regresó rápidamente al sitio donde sabía que hallaría al holgazán forastero, pero solo pudo encontrar el lecho en completo desorden, robadas las pocas prendas de valor que poseía y una hoja de papel arrugada con el escrito que decía: "Gracias mi cariñosa y hermosa señora por tanta amabilidad"; también recuerdo perfectamente los tiempos de antaño cuando los abuelos chancleteando por toda la vivienda, arreglando todo sin dejar de discutir acaloradamente con los duendes del desorden que por siempre se han apoderado de sus escurridizos e insoportables nietos. Una noche mi abuelo, un anciano rollizo, renegado y de mucha verraquera, me llevó al pueblo vecino a observar una riña de gallos. Recuerdo que esa noche lucía mi atuendo recién adquirido en un almacén de ropa fina, sentado en primera fila de la gradería, rodeada por galleros mamagallistas con los ánimos caldeados por los efectos del licor, gritándole a todo pulmón al gallo preferido.

Cuando la rencilla hubo concluido, perdedores y ganadores en medio de una inmensa bullaranga se marcharon a festejar en las cantinas, quedando únicamente de pie en todo el centro de pistas, un muchacho flacuchento con cara de querubín observando incrédulo al gallo perdedor tirado ridículamente sobre el vil suelo. El chiquillo escudriñó lentamente los alrededores mientras unas gruesas lágrimas rodaban copiosamente por sus tiernas mejillas, caminó con pasos taciturnos, recogiendo al noble animalito con sus temblorosas manos, lo abraza tiernamente contra su pecho, marchando velozmente hasta desaparecer en la oscuridad.

Poco después cuando íbamos de regreso a casa, observábamos a una multitud aglomerada alrededor de una banca del parque principal, cuando nos acercamos, boquiabiertos, pude observar aquel espectáculo aterrador. Ahí estaba el chiquillo flacuchento con cara de querubín acurrucado sobre el frío pavimento sostenido fuertemente contra su pecho a su fiel gallo, muerto”.

Terminadas sus increíbles narraciones, el tipo bregó amablemente con los pasajeros por unas cuantas monedas, pero sólo consiguió un pedazo de pan envejecido que le obsequiaba humildemente el imprudente conductor.

Después de probar un pequeño bocado, el tipo vino a sentarse a mi lado hablándome de los inmensos problemas de algunas regiones apartadas, que estaban seriamente comprometidas al no poder servirse de la naturaleza en sus

múltiples climas que iban desde las gélidas lagunas, hasta el sopor del sol brioso del espléndido valle; donde el hacha y el fuego indiscriminado fue acabando rápidamente con las practicas agrícolas en tierras fértiles y con la colonización apresuradamente fue ganándole mas espacios hasta dejarlas deforestadas e inservibles.

Compartimos y gozamos mientras reíamos a carcajadas por las muchas tomaduras de pelo que las gigantescas negras mamagallistas, quienes chistosamente se levantaron de sus puestos llegando sobre el desprevenido conductor a golpearle coquetamente con sus robustos glúteos, pero la verdadera alharaca se hizo insoportable cuando una rueda del automotor desprevenidamente cae en una charca de barro anegadizo. De hecho, una de las negras rechonchas va a parar en una forma ridícula sobre la humanidad del pícaro conductor quien a manotazos trataba de quitarse a la obesa hembra, pero lo único que consiguió fue destrozarle la blusa y la falda dejándole en completa desnudez. Aquella folclórica escena causó risa y carcajadas exageradas hasta el punto de que un individuo de aspecto de mongoloide y primitivo con un olor apestoso, semejante al fastidioso sudor amoniacal que expelen casi todos los borrachos, quiso aprovecharse acariciando con sus rústicas manotas el trasero de la "Niche". Armándose rápidamente una terrible camorra, cuando la ofendida, vociferando un alud de palabras obscenas subidas de tono, se abalanzó a puñetazos contra el atrevido enamorado, quien recibió una lluvia de golpes que iban a parar en su rostro o dorso.

El mequetrefe, hostigado por el alud de puñetazos, quiso huir del despiadado castigo saltando sobre la humanidad de los viajeros, pero un "Trompón" de la negra como un auténtico proyectil lanzado con una endiablada precisión, le hizo caer de bruces sobre los pies descalzos de su compañera, quien indiscriminadamente le propina un zapatazo que lo deja sumido en la inconsciencia.

Para entonces el conductor había detenido la marcha del inservible vehículo, porque el recorrido había llegado a su final.

FIN